

VII

PROVOCACIÓN

Mientras Uckrill escuchaba los informes de sus subordinados, el grueso alderman Adrián Zephyr (digno émulo de mistress Bridgeth, que hacía grandes paradas en el *buffet*, y á pesar de su propia capacidad estomacal, estaba admirado ante la institutriz de las siete misses Elphinstone) sintió de repente que le tiraban de los faldones del frac, y al volverse, se encontró bajo la irritada mirada de Day-Lily...

— ¿Qué? ¿Qué pasa? había preguntado atemorizado, al ver la expresión de cólera del rostro de miss Sun-Ray, que le inspiraba tanto terror como amor.

— ¿Habéis meditado nuestra pérdida? silbó la voz de Day-Lily.

— Pero, mi buena Sun-Ray...

Day-Lily golpeó el suelo con impaciencia.

— Una vez más os prohibo que me nombréis así. Para vos, como para todos los demás, no soy una

mujer; aquí, sobre todo, donde vuestras imprudencias de lenguaje pueden costarnos caro...

— Perdón, excusadme; se me ha escapado, mi querida Sun... ó más bien mi querido Day-Lily! murmuró con voz temblorosa el ventripotente personaje. También vos me trastornáis completamente con vuestras miradas furiosas... sé demasiado bien que nos aproximamos al desenlace de nuestra empresa, y amo demasiado mi propia seguridad para haber hecho algo que pueda exponer nuestro triunfo.

— Basta de discursos como ese, y responded á mis preguntas.

— Hablad.

— ¿Qué locura os ha dado de traer aquí á vuestra sobrina Mary? No os he dicho que se había encontrado con la hija de vuestro hermano, y no os he prevenido de lo que puede amenazarnos por poco que estas personas se pongan en comunicación con el residente? Miraida conoce todos nuestros proyectos, y os aseguro que no sólo por el placer de pasearse en las calles de Londres se ha escapado de nuestras manos. Seguramente, también ahora está vuestra sobrina Mary al corriente de nuestro complot... y si encuentra aquí al residente, y tiene tiempo de hablarle, todo está perdido.

El alderman se sonrió.

— Ciertamente, lo que me decís es verdad, replicó, y todo pudiéramos temer si Mary estuviese en el baile. Pero me creéis muy imbécil, si pensáis que la he traído... Tranquilizaos, mi sobrina debe en este momento dormir á pierna suelta, en su cuarto.

Iba á volver á reír, pero una nueva mirada colérica de Day-Lily, lo contuvo.

— ¡ Maldición ! Si vos no la habéis traído es peor aún ! Porque en ese caso ha salido de la casa á escondidas vuestras, y si es así, sólo lo ha hecho para ver á sir Franck ! ¡ Está aquí, os repito que está aquí ! Roberto y Jonathan la han visto.

El alderman estaba alelado. Su cara de luna llena pasaba sucesivamente del rojo al blanco, después al escarlata, al violeta.

— Roberto y Jonathan la han visto, murmuraba.

Después, repentinamente :

— ¡ Aprisa ! ¡ Corramos ! ¡ Busquémosla ! ¡ Tenéis razón ! ¡ Es preciso que no encuentre al residente !

Acababa de tener la visión de su hermano, advertido de todas sus torpezas, pidiéndole cuenta de sus millones... Y tenía más miedo de su hermano que de Sun-Ray.

— ¿ Pero creéis que no la he buscado ? exclamó Day-Lily. He escudriñado el baile en todas direcciones. Sin duda lo que tememos ha sucedido ya, porque he buscado también al residente y no lo he encontrado tampoco. Mi hermana Georgina, que llegó junto con él, está sola en la terraza, y no ha querido decirme dónde está su caballero. La maldita se ha enamorado de él, y no quiere traicionarlo ¡ Maldición ! ¡ Ella, como todos los que se atraviesen en mi camino me lo pagarán caro !

Al oír el tono de estas palabras, al alderman se le puso carne de gallina.

— Felizmente, murmuró con timidez, á tiempo me he desembarazado de mi sobrino Dick, y no tenemos nada que temer por ese lado...

Se interrumpió bruscamente, y continuó cambiando de color como un camaleón. Su frase se perdió en un murmullo incomprensible. Permaneció inmóvil, estupidizado, representando la estatua del hebetamiento. Sin duda no diría á Sun-Ray la causa de su estupor... Pero ella, que se dió cuenta de su emoción, no hizo sino seguir la dirección de su mirada para encontrar el objeto, cuya vista causaba tal asombro al alderman. Este objeto no era otro que Dick. ¡ Dick Crankle en persona !

El mismo que el alderman afirmaba encontrarse en el continente, habiéndose desembarazado de él.

Dick estaba en Londres ; más bien dicho, ahí, en el baile.

E, instantáneamente, en el espíritu del alderman como en el de Day-Lily se hizo el mismo razonamiento.

Si Dick, á escondidas de su tío y contra sus órdenes, había quedado en Londres, era que tenía, para obrar así, un motivo de gravedad real. La verdad se apareció clara á los dos cómplices. Dick estaba enamorado de Mary y sólo por ella se había quedado en la capital inglesa ; ella le había puesto al corriente del peligro que corría sir Frank, y, como ella, había venido esa noche ahí para poner al residente en guardia, para ayudarle á defenderse.

— Estamos traicionados, clamó Day-Lily con voz encolerizada.

— ¡ Oh ! pero esto no pasará así como así, dijo el alderman. Voy á coger á ese mocoso por las orejas y á llevarlo á la casa.

— Vamos pues, siguió Day-Lily. A grandes males, grandes remedios. Lo que hay que hacer es suprimir este joven, y me encargaré de ello. No es la primera vez que me debéis la pérdida de un miembro de vuestra familia; y, como van las cosas, temo que no será la última ocasión que os suministraré de llevar luto.

Hablando así, sin esperar la réplica de Adrián, quien en su aturdimiento no sabía qué continente guardar, Day-Lily avanzó á través de los grupos y se puso á maniobrar de modo de encontrarse con el enamorado de miss Mary.

Dick, por su parte, recorría el baile en todas direcciones, animado por intenciones no menos belicosas. Si no estaba con su tío ó con Uckrill, era porque había creído que antes de juntarse á ellos se podía poner en busca del caballero Blancanard para provocarlo á un duelo mortal.

Con los ojos brillantes, torturando las guías de su naciente bigote, el joven gallo había recorrido en vano los salones y jardines.

El caballero era de pequeña talla, las siete Elphinstone, altas como carabineros; fácilmente se comprende que hubiera podido escapar á las miradas de su rival.

Habiendo pasado el tiempo y no habiendo encontrado á su enemigo, Dick juzgó prudente irse á reunir con su tío y su prima.

En el momento que empezaba á poner en ejecución su proyecto, miss Sun-Ray se encontró á su paso.

Con su prisa y su preocupación no se dió cuenta que Day-Lily venía en sentido contrario á chocar con él; así es que cuando quiso impedirlo, ya era tarde.

— ¡ Estúpido ! exclamó el cómplice del alderman.

Desde la víspera, Uckrill y Dick se habían dicho muchas cosas; pero el primero no había tenido tiempo de decirle que Day-Lily, á pesar de su facilidad para usar el traje masculino, no era sino una canalla que pertenecía al sexo gracioso á quien todos los insultos se le perdonan.

Al insulto, el joven, excitado por su caza y con disposiciones ofensivas, se tornó purpúreo.

— Excusadme, dijo sin embargo, creyendo que en su precipitación se había hecho culpable de alguna torpeza.

— No se excusa á los colegiales mal educados... se les corrige, siguió Day-Lily.

Y su guante golpeó la mejilla del novio de Mary.

Dick, á su vez, se lanzó sobre su adversario; y una escena de pugilato se hubiera desarrollado, si los presentes no se hubiesen interpuesto.

Era el momento en que Uckrill y sus acompañantes entraban en el salón.

— ¡ Aureola de Satanás y cuernos condenados de Barlow ! juró el capitán Dady O'Grab. El pequeño saca los espolones... Pero, ¡ diablo ! por qué va á frotarse allí !

Iba á socorrer á Dick, siguiendo el impulso de su

vieja sangre guerrera, cuando al interrogar á Uckrill con la mirada, vió con asombro que el maestro le hacía señas de dejar ir las cosas.

Ignoraba que su jefe había completado, á su modo, la lección de esgrima que el había empezado.

— ¡ Ah ! pensó. El Sr. Andrew cree que Sun-Ray no tiene bastante trabajo y quiere darle más. ¡ Por la perdición de todas las almas paganas, esto está bien razonado !

— Señor, gritó á Day-Lily, Dick, que de púrpura se había tornado pálido; — me daréis cuenta de este insulto.

— ¡ Cómo no ! A vuestras órdenes.

— Mis testigos esperarán á los vuestros dentro de una hora en la terraza, siguió Dick.

— Perfectamente, contestó Day-Lily sarcástico. Los míos estarán á su disposición, mi joven colegial. Debo sin embargo advertiros que no me será posible complaceros mañana, porque mis ocupaciones me lo impiden. Será pasado mañana á primera hora, si os place.

— Eso arreglarán vuestros testigos...

— ¡ Ah ! ¡ Ah ! sonrió interiormente Dady O'Crab, la canalla piensa en todo. Sus ocupaciones de mañana ya las conocemos. Pero lo que no se imagina es que pasado mañana no podrá cruzar su acero con el joven ; á no ser que el Lord jefe de justicia tenga la condescendencia de permitirle una hora de libertad. Lo que no es probable ¡ Piel de Anguila y vientre de ahogado !

Al ruido del altercado la puerta del salón, ante la

cual estaba la Sra. Dupoteau, se abrió y dió paso á sir Franck Zephyr. Como casi simultáneamente cayó el « portiere », ni la Sra. Dupoteau, ni Uckrill, — distraídos además con la salida del residente — se dieron cuenta que Sauton había penetrado en el salón. El ruido de la querrela les impidió igualmente oír el grito de loco terror que la aparición inesperada del Indio arrancó á miss Mary y á Miriam.

VIII

DOBLE RAPTO

Había sido una escena emocionante la que había pasado entre sir Franck y la hija que había ya desesperado de volver á ver.

En un impulso irresistible el residente se lanzó hacia Miriam, su Miriam que veía y que tenía, — no en sueños, equivocado por una alucinación, sino bien despierto — en sus brazos; la tenía estrechamente enlazada, cubriéndola de caricias delirantes, riendo y llorando al mismo tiempo; la sentaba en sus rodillas, como si aún fuese una niña; buscaba las palabras más dulces para decirle, las más tiernas, y estaba ahí, en éxtasis, con el corazón desbordante de una alegría inefable, no viendo sino á ella, no pensando sino en ella; olvidado del pasado y del porvenir, absorto en las delicias del presente.

— ¡Tú viva! ¡Tú viva! ¡Tú, Miriam! ¡Tú, mi hija!

« ¡Eres Bella! Háblame! ¡Dime que no soy un pobre loco al creer que te veo y te tengo en realidad!

« ¡Ah, si supieras cómo he llorado! ¡Aún lloro, de felicidad sin precedente, de felicidad inesperada por verte y hablarte...!

« ¡Viva! ¡Viva! ¡mi hija está viva! ¿La tengo en mis brazos?

« ¿Es posible? ¡Sí, es verdad! ¡Desdichado del que intente interponerse entre ella y yo! ¡Ah, ya no te perderé, te lo juro! ¡Ahora velaré sobre mi bien! ¡Miriam! ¡Hija mía!

« ¡Cómo es bello tu nombre! ¡Cómo es dulce tu voz! ¡Cómo son hermosos tus ojos! ¡Cómo eres seductora! y ¡cómo te amo!

« ¡Háblame! ¡Mírame! ¡Bésame! ¡Te pareces á tu madre! ¡Nowla! ¡Vuelvo á ver en ti á mi pobre Nowla!

« Y tú, ¿me amas tú? Tú me amas, porque has venido á mí huyendo de los que querían enseñarte á odiarme!

« ¿Y tú eres feliz al verme, al conocerme? ¡Soy tu padre, tu padre, mi dulce Miriam! ¡Y tú eres mi hija!

« ¡Hacia años, años de dolor, que estaba separado de ti! Me pregunto ahora ¿Cómo he podido vivir sin ella? ¡Moriría si hubiera de perderte! Tú no me abandonarás ¿verdad? Ahora, todas mis tristezas olvidadas, sólo hay felicidad en el horizonte!

« ¡Escúchame! Te llevaré, si quieres, á un país lejano, donde nadie pueda turbar nuestra alegría. Yo, tu padre, después de ocultarte como un tesoro, como la diosa de la dicha, cumpliré todos tus caprichos, te daré

esclavos y riquezas, viviré de rodillas ante tí, y cuando tú me sonrías, veré el cielo abierto!

« Pero dime, hija mía, ¿quién te ha enseñado el nombre de tu padre, quién te ha enseñado á amarle, si del enemigo mortal que te robó á mi ternura, sólo has de haber escuchado palabras de odio y amenazas contra mí?

Y en la deliciosa incoherencia de su lenguaje se interrumpía á cada momento para darle nuevos besos.

Miss Mary se había retirado á un lado discretamente para no turbar las primeras expansiones; y era tan tierno este espectáculo, que derramaba lágrimas silenciosamente.

En cuanto á Miriam, volvía á su padre sus caricias, y se sentía inundada de una alegría desconocida, amparada deliciosamente por esa ternura paternal que le había faltado en su juventud.

— ¿Quién me enseñó á amarte? dijo. No lo sé... Hace mucho tiempo que me acuerdo, siempre he visto tu rostro inclinado sobre mi cuna. Y yo te amaba ya entonces, y nada ha podido borrar de mi alma tu imagen amada, padre mío. ¿Tu nombre? mi madre me lo enseñó después, cuando aún era pequeña, porque estoy separada de ella hace tiempo. Pero mi madre me había recomendado no olvidar tu nombre; y como no podía pronunciarlo en voz alta, delante de nuestro perseguidor, me lo repetía en voz muy queda, llena de tristeza y de esperanza. Esa esperanza se ha realizado, padre mío, porque heme aquí reunida á ti para siempre!

Sir Franck tuvo un arranque de adoración.

— ¡Tu madre, niña, tu madre! me parece que la oigo hablar cuando me hablas, que la veo, al verte. Tienes sus ojos, su boca, su sonrisa, su voz. Tal como eres, era ella á tu edad. ¡Ah!

¿Por qué á la alegría de verte, se mezcla el dolor de estar sin ella?

¿Por qué no está ella también, pues que tú estás?

— Nosotros la encontraremos, padre, dijo Miriam. Tú eres fuerte, y yo sé que Sauton te teme.

— ¡Encontrarla! exclamó sir Franck agitado. ¡Encontrarla! ¿Vive, pues? ¡Nowla! Escucha, niña, tus palabras me hacen perder la razón. ¿Qué quieres decir? Encontrar á mi hija y encontrar á Nowla. Nowla viva como Miriam, sería demasiada felicidad á la vez. ¡Viva! porque tú lo estás ¿no es verdad? Bien eres tú la que estrechó entre mis brazos y no una sombra, un vapor que va á disiparse con mis besos.

— No, exclamó Miriam, mi madre no ha muerto, lo siento, lo creo, estoy segura. Sauton nos ha separado porque sabía que me hablaba de ti, á pesar de su prohibición. Pero si Sauton nos dejaba vivir era para preparar su venganza contra ti, y si mi madre hubiera muerto, me lo hubiera dicho, no me hubiera escatimado ese dolor. Para encontrar á mi madre, es preciso encontrar á Sauton, y esto no es difícil porque él me busca, debe buscarme; y, por otra parte, te persigue y ronda sin cesar alrededor de ti.

— ¡Háblame siempre! dijo sir Franck.

— ¡Cuántas veces, siguió Miriam, me he estremecido

y he llorado, pensando que ese peligro desconocido te amenazaba sin cesar, que su arma envenenada estaba suspendida sobre tu cabeza, y acaso de un instante á otro lo podía ver entrar á mostrarme el puñal tinto en sangre de mi padre!

« Por eso quería buscarte, para prevenirte. Ahora ya no tengo miedo, porque sé eres más fuerte y más valiente que los tigres de nuestros juncales y puedes mirar cara á cara á tu enemigo, y aplastarle la cabeza como á una serpiente. Bien he grabado en mi memoria el camino que conduce al lugar de donde huí, y yo te conduciré. Al principio hay que ser astutos hasta que hayamos encontrado á mi madre y la hayamos puesto en salvo. Pero después tú le matarás ¿no es verdad?

— No te equivocas, niña, dijo sir Franck con voz grave. ¡ Yo le mataré!

El pensamiento de que Nowla estaba viva, que podía encontrarla á ella también, y que no había que perder ni un minuto, tanto por su impaciencia, como porque estaba más que nunca expuesta á las represalias de Sauton, le hacía correr violentamente la sangre en las venas.

Se levantó bruscamente.

— ¡ Corramos! exclamó, llévame á donde acabas de decir. Tu madre nos espera, nos llama, y acaso dentro de una hora sería demasiado tarde.

— Sí, dijo miss Mary, avanzando del rincón donde había estado... Pero Miriam acaba de decirlo, es preciso astucia. Sauton no es nuestro único enemigo, tío. Estáis rodeado de gentes que quieren vuestra vida y

vuestra fortuna. Afortunadamente, el bravo Uckrill y nuestros amigos nos secundarán. Además, Dick no se nos ha reunido aún, él también está ahora en peligro. Os suplico esperarle.

— Es verdad, mi dulce Mary, aprobó el antiguo residente; llamado á las necesidades de la hora presente. Perdóname si te había olvidado en medio de las emociones que me han embargado. A ti debo en parte, ya lo sé, la felicidad de haber encontrado hoy á mi hija. Tú y Dick, tienen en mí, en lo futuro, el protector y el padre que hubiera sido desde mi llegada si no me hubiesen mentido, no comprendo con qué objeto. Debo pensar primeramente en vuestra seguridad; pero me habéis dicho los enemigos que me amenazan sin decirme los peligros que vosotros corréis, y el por qué de haber pedido mi apoyo.

« Mi hermano el alderman...

— Mi prima Miriam os dirá que él se cuenta entre los que quieren hacernos daño; y que tanto Dick, como nosotros, tenemos que temer de él, replicó miss Mary.

Sir Franck se volvió á su hija como para pedirle explicación de estas palabras; pero en el momento en que Miriam iba á hablar y decir lo que sabía de las maquinaciones de Adrián y de su complicidad con Day-Lily y Sauton, un ruido de voces se escuchó cerca de la puerta del salón, y al residente le pareció reconocer la voz de la marquesa.

Se acordó repentinamente del modo cómo había abandonado á Georgina, dejándola sola, sin una palabra de excusa y expuesta entre esa turba, á todo lo que

puede temer de gentes groseras una mujer de su belleza aislada en medio de ellas.

Al mismo tiempo que el sonido de su voz, un rumor de disputa llegó hasta él, y temió que Georgina, — de quien sin duda era él, el caballero responsable, pues la había acompañado al baile — hubiese sido insultada.

Su deber era correr en su auxilio, ó cuando menos darse cuenta de lo que pasaba. Abrió bruscamente la puerta, y se lanzó fuera.

Era una disputa, en efecto; pero la voz que sir Franck había oído no era la de Georgina, sino la de Sun-Ray que tenía gran parecido con la de su hermana.

Dick, viendo salir á su tío, corrió á él para explicarle su altercado con Day-Lily.

Este momento fué el que Sauton aprovechó para penetrar en el salón, donde ni Mary ni Miriam esperaban verle aparecer.

Sir Franck había visto, al pasar, á Uckrill y socios, y un signo del policía le había indicado que hacía la guardia. Creyó poder correr hasta la terraza en donde la marquesa le había dado cita. Pero en vano la buscó. Sin duda, fatigada de esperarle, se había retirado.

Apenas tardó tres minutos en volver, pero cuando entró al salón, seguido de Dick, lanzó un grito de cólera. El salón estaba vacío, y la ventana dando al jardín, abierta.

Al grito de sir Franck, Uckrill y los otros se precipitaron dentro, salvo Pip, que corrió á la orquesta.

Cuando volvió, encontró á todos consternados, excepción hecha de Dady que lanzaba maldiciones espantosas.

— Jonathan y Roberto no están en el estrado, anunció Pip.

— Son ellos los que han dado el golpe, afirmó Uckrill.

— Con seguridad, pronunció Marasquín que había asistido frente á los muros de Santa Margarita, á la lucha de Miriam contra los dos canallas, con seguridad no fueron ellos solos. ¿Quién ha podido abrirles la ventana?

— ¿Preguntáis quién ha hecho esto? clamó de repente sir Franck Zephyr, que tenía la frente cogida con ambas manos. ¡Sauton!

— ¡Sauton! respondieron los otros como eco; el triste eco de las voces que responden al sacerdote cuando pronuncia las palabras fúnebres sobre una tumba.

Y todos se miraron palideciendo.

Uckrill estaba acaso más pálido que los otros.

— Corramos, siguió sir Franck con voz que parecía rugido de león. Se retorció las manos. — ¡Ah! correr, correr ¿á dónde? Y mi pobre Miriam que debía conducirme ahí, en donde encontrase á ese Sauton!

Uckrill avanzó hacia sir Franck.

— Si vuestra hija, milord, quería hablar del lugar de donde se había fugado para ponerse en vuestra busca, yo también puedo conducirlos.

— Ya deberíamos estar en camino, exclamó el residente.

— Yo os acompaño, dijo Dick.

— Vosotros, ordenó Uckrill á Pip, á Dady y á Marasquin, escudriñad el baile en todas direcciones, si no encontráis nada, venid á buscarnos á los jardines de Cremorne.

Ya sir Franck lo empujaba.

El lugar á donde Uckrill llevaba á sir Franck, era la villa de la marquesa.

Mientras el cab que los llevaba, galopaba hacia los jardines, Uckrill explicaba á sir Franck, que ahí era donde Sauton ocultaba á Miraida, desde hacía algún tiempo, para tener la proximidad de la casa del residente, cuando había que representar alguna escena de apariciones.

Sir Franck, mudo, escuchaba...

— Allí, decía Uckrill, tenemos una probabilidad contra ciento, de encontrar á Sauton y á las dos jóvenes que ha raptado, sin duda con el concurso de Roberto Vaughtant y Jonathan Girle.

— Así es que, pensaba el residente, Miriam estaba en casa de Georgina, y ésta nada le había dicho.

Una suposición le hacía daño :

— ¿Georgina era cómplice de sus enemigos? ¿Por qué había desaparecido del baile?

Esta suposición tomó incremento, cuando al llegar á la villa de la marquesa, se apercibieron que Georgina, aunque había abandonado el baile, no había vuelto á la casa..

Sir Franck, Dick y Uckrill, para penetrar en casa de la marquesa, habían pasado por la ventana del cuarto

rentado por el policía, y habían descendido al jardín por el mismo procedimiento, que tenían los ladrones para escapar de las persecuciones de Scotland-Yard, como ya hemos explicado.

Y no solamente no estaba Georgina, sino que no había tampoco huellas ningunas de Sauton, de Roberto, de Jonathan, de Mary ó de Miriam.

IX

ANTES DE LAS CARRERAS

El 15 de Junio de 1851 fué una jornada memorable para New-Market. Nadie recordaba una concurrencia tan grande en ninguna época.

Se iba á correr el gran Premio, y Lucifer, el admirable caballo de sir Japhet Holover de Over Peover, gentilhombre de la casa de la reina, se presentaba solo, por Inglaterra, á disputar el premio á los caballos más reputados de los dos mundos.

En la cintura del pasadizo, en medio de los concurrentes habituales, diputados á la Cámara de Lores, ó la de los Comunes, propietarios ó nobles, banqueros ó clubmen, el alderman Adrián Zephyr se paseaba en compañía de Day-Lily.

El alegre Adrián tenía la cara triste de los días en que Day-Lily le pedía dinero, y él no osaba negárselo. Su inquietud, en efecto, era viva desde la víspera. Ya no dudaba ahora que sus sobrinos conocían su

duplicidad y que la habían hecho conocer á su hermano Franck.

¿Qué iba á suceder? ¿Qué iba á decir y á hacer, el residente?

Mary raptada por Sauton, Miriam arrebatada de nuevo á su padre, en el momento en que acababa de encontrarla; aun cuando él no se había dado cuenta, tenía su parte, como asociado á los canallas que trabajaban contra sir Franck, y comprendía bien que si éste triunfaba, lo englobaría en su venganza, en su terrible venganza.

Se estremecía al pensar lo que Sauton pudiese haber hecho de las jóvenes raptadas en el hotel Lucifer. Sabía bien que sir Franck, que le hubiera acaso perdonado el querer robarle, no le perdonaría la muerte de su sobrina y de su hija.

Decididamente Day-Lily lo había llevado á una empresa peligrosa, y á pesar de su confianza en el genio infernal de miss Sun-Ray, se sentía sobre un volcán, tenía miedo.

Sin duda todas las medidas estaban bien tomadas; pero probabilidades no son certezas. Y, por ejemplo, Sun-Ray hablaba muy bien, pero él jamás se arriesgaría á apostar un solo centavo de su bello y querido dinero, á favor, ni en contra de Lucifer.

Day-Lily, por el contrario, estaba de muy buen humor, y se burlaba de los terrores exagerados del alderman.

— Vamos, pues, decía, vuestro hermano Franck, por más residente que haya sido, y más aire de héroe que

se dé, no es ahora hombre de temerse... Creía tenernos ayer; hoy le tenemos nosotros. ¿Que está prevenido de nuestros proyectos? Mejor, será más fácil tratar con él. Sauton ha dado un golpe maestro apoderándose de las jóvenes; y como Sauton, tanto como vos, desea recuperar el diamante, no hará la bestialidad de matarlas cuando le pueden servir para rescatar el ojo de su Dios...

Es un fanático este Sauton, pero también un hombre práctico; tratará, bajo nuestro nombre, se entiende, el asunto con el residente; después de ejecutado el trato, esto no le impedirá matar á vuestro hermano, lo que creo os dejará tranquilo.

Por otra parte, esta noche, me entendéis bien, esta noche atacaremos la Exposición con la ayuda de sir Japhet. Mañana todo se habrá concluído; seremos los amos del Kohinoor y de los millones de sir Franck, y no habrá nadie que pueda sospechar de nosotros, ni inquietarnos... Y vos tendréis oportunidad de ser Lord-maire, querido amigo.

— Pero, si sir Japhet rehusa entrar en nuestra asociación? respondió Adrián poco convencido.

— En ese caso, que no es probable, pero previsto ya, tendremos el recurso de incendiar el Palacio de Cristal, con el concurso de los amigos del capitán Dady O'Crab. No esperaré ya ni un solo día para obrar, porque hay que hacerlo de prisa y bien. Dady y sus amigos están dispuestos. Anoche tomamos las últimas medidas y no tengo sino hacer un signo.

— ¡Ah! Sun-Ray, exclamó el alderman un poco

reconfortado; pero no bastará suprimir al residente para asegurar nuestra seguridad.

— Comprendo, respondió Sun-Ray. Queréis hablar de vuestro sobrino Dick. ¿Olvidáis, pobre amigo, que me bato mañana con él, en el mismo lugar de mi duelo con el mayor Rowland? Y, ya sabéis, un duelo conmigo...

— Sí, sí, se apresuró á decir el alderman palideciendo. ¿Y á Uckrill?

— De Uckrill se encargará Dady O'Crab; y con Dady su negocio está más claro que el agua.

— ¿Y Marasquín?

— Jonathan y Roberto tomaron ayer su revancha; pero no se contentan con eso... Pero, pardiez, me hacéis perder el tiempo en charlar, y tengo cita con ellos: se aproxima el momento en que Lucifer va á correr. ¡Hasta mañana, querido Adrián! Iré á veros para tranquilizaros y arreglar vuestras cuentas. Si veis arder la Exposición esta noche no hagáis ninguna locura; el fuego no llegará hasta Poultry...

Y girando sobre sus talones Day-Lily abandonó al grueso alderman, quien, por su parte, se dirigió á las tribunas con paso lento y estrictamente calculado para no aumentar la temperatura de su persona ventripotente.

La reina acababa de hacer su aparición en la tribuna real.

Después de haberla saludado con un hurra, la turba se replegaba. Hasta ese instante, las carreras no habían excitado su curiosidad; pero con el gran premio de la

Exposición su orgullo nacional entraba en juego, porque había dos competidores serios : « Libertad » el caballo americano y « Aubergine » la yegua francesa.

En las casetas de los « boockmakers » los apostantes se aglomeraban; y una verdadera lluvia de oro y billetes caía en sus carteras.

En la misma mañana el caballero de Blancanard se había encontrado á los esposos Dupoteau en King's Cross Station, y los tres compatriotas habían tomado lugar en el mismo compartimento.

Durante todo el trayecto el caballero mansense había hecho el gasto de la conversación, con su fecundidad ordinaria, prometiendo al fabricante de franelas acasulladas hacerle conceder la medalla de honor, por intermediación del alderman Adrián Zephyr, tutor de su prometida, y futuro lord-maire.

Pero el comerciante se había sulfurado por la falta de patriotismo del caballero, al saber que estaba más que nunca dispuesto á apostar en favor del caballo que le había robado el nombre de sus franelas.

Durante todo el resto de la noche del baile en el Hotel Lucifer, su cerebro había trabajado furiosamente, y se había dicho que era su deber sostener el honor nacional, y su propio honor, apostando, y fuerte, contra Lucifer!

La Sra. Dupoteau, aún perpleja por la desaparición de las jóvenes, no había tenido fuerzas para disuadirlo de sus imprudentes proyectos.

— Yo, señor, había dicho él á Blancanard, no seguiré vuestro error. Jamás he jugado en mi vida, pero hoy

traigo veinte mil francos para apostarlos íntegramente á favor de Aubergine, la yegua francesa!

Blancanard había hecho una mueca desdeñosa. Veinte mil francos! ¡Puah! ¿Qué era eso? parecía decir la mueca. ¡Mejor lo sabemos hacer en Mans!

En realidad él sólo estaba decidido á arriesgar una libra esterlina : veinticinco francos.

Oyendo hablar á su marido de apostar veinte mil francos sobre un caballo, Cesarina lanzó un suspiro; pero no tuvo tiempo de hacer ninguna observación, porque el tren se detuvo.

La bajada del tren se hizo sin incidente alguno, y Blancanard fué á saludar á las siete miss Elphinstone que, — sin que su corazón se lo avisase — habían hecho el viaje en un compartimento contiguo al suyo.

Las siete huérfanas del mayor se dirigieron á grandes pasos al restaurant más próximo, y el caballero fué á los caballerizas de sir Japhet á asegurarse del buen estado del caballo, contando entrar gracias al conocimiento del médico de Lucifer que había hecho á bordo del « Leicester ». Le negaron la entrada y tuvo que irse al campo de las carreras, donde volvió á encontrarse con Dupoteau.

Si sin tener en cuenta los argumentos que había hecho valer, le habían impedido la entrada, era porque las gentes de caballeriza de sir Japhet estaban bajo el influjo de una fuerte emoción.

La bestia, á favor de cuyas piernas se iban á jugar varias fortunas, estaba singularmente nerviosa.

Esta excitación del animal había coincidido con la

llegada de dos caballeros venidos de Londres, portando una carta de puño y letra de sir Japhet, dándoles la misión de velar de día y de noche sobre su caballo hasta el momento de la carrera.

Los servidores de sir Japhet se inclinaron ante esta orden, sin asombrarse demasiado, porque lo conocían como algo lunático.

Pero la nueva actitud del caballo sobre el cual ellos también fundaban esperanzas (sir Japhet les había prometido la mitad del premio) no dejaba de inquietarlos.

Sin embargo, ninguno de ellos había notado la coincidencia indicada arriba. Los recién llegados eran muy buenos camaradas y gentlemen correctos para que pudiera sospecharse de ellos.

Por otra parte, cada uno de los cuatro que formaban la guardia de honor de Lucifer, encontraba razones plausibles para su nerviosidad.

— El agua del país es salada y le disgusta á Lucifer, afirmaba gravemente su tutor.

— Creo más bien que el calor le molesta, respondía su médico.

— O es que siente cercana la carrera, opinaba su maestro.

— No es eso, gentlemen, interrumpía el ayuda de cámara de Lucifer. La neblina de Newmarket no puede criar sino gusanos. Está llena de moscas, y éstas molestan los nervios de nuestro caballo.

Las molestias del pobre animal no provenían de ninguna de estas causas, sino del régimen extraordinario impuesto por Roberto Vaughant y Jonathan Girle, sus

nuevos servidores, quienes durante el día se arreglaban para hacerle guardar dieta, y por la noche sazaban su avena con pimienta y mediaban su agua con ginebra.

Esto, por supuesto, en proporciones hábilmente calculadas para no enloquecer rápida y completamente al animal, y prepararlo gradualmente para soportar la fuerte dosis que le preparaban para el día de las carreras. ¿Cómo se habían procurado los asociados de Day-Lily un tal autógrafo, que les diera vara alta en las caballerizas de sir Japhet?

Del modo más sencillo, sin molestar para nada al excéntrico baronet, que acaso no se hubiera prestado de buen grado á sus combinaciones.

La entrada en funciones de Roberto y Jonathan no era sino el primer número del programa de Day-Lily. Gracias á su talento caligráfico, Roberto Vaughant había falsificado la letra de sir Japhet, cuya presencia en Newmarket no era de temerse pues que se encontraba de servicio en Buckingham, con la Soberana.

Roberto y Jonathan habían tenido que abandonar su puesto la noche precedente para ir al baile del Lucifer Hotel; pero habían tenido el cuidado de administrar un fuerte narcótico á las gentes de la caballeriza de sir Japhet, y nadie se había apercebido de su ausencia.